

Nada se sabe. Nada esta escrito. Cuando menos te lo esperas, la vida va y te da de bruces en las narices. Un día te ves sumergido en las profundidades de la oscuridad y al siguiente nadando en felicidad. O al revés...

Ahora ella lo sabe, pero largo y arduo fue el camino hasta que lo averiguó. ¿Ella? Ella se llama María, Pilar o Virginia. Que más da. En otros tiempos fue esa mujer joven y llena de esperanza que devoraba la vida con ansia. La que con su mirada y su sonrisa dejaba la huella del rocío al amanecer. Fuerza y entusiasmo eran su bastión. ¿En que momento exacto cambio? ¿En que preciso instante su luz se apago? Nadie lo puede afirmar. No fue de repente. Llego de poquito a poco. Día tras día...

Le conoció una noche de verano. No fue amor a primera vista. Mas bien lo contrario. Aun no sabia cuan sabios son los instintos y que a menudo deberíamos fiarnos de ellos. Eso, lo aprendería más tarde. Así que, lo que al principio fue rechazo, con ayuda de dulces palabras y sonrisa arrogante, acabo en el espejismo de una historia de amor como otra cualquiera. El tiempo paso casi sin que se diera cuenta. De no ser por el maldito espejo del cuarto de baño. Este vil delator que en la intimidad le muestra su propia miseria sin ninguna misericordia. Este que le recuerda que ya no es aquella mujer llena de sueños que creía en cuentos de hadas. El que le devuelve el reflejo de una mujer agotada y de aspecto gris cuya ilusión se esfumo...

Para ella, como cada mañana, el despertador suena a las seis. Le cuesta levantarse y la casa recoger, pero lo hace. Nadie lo hará por ella. Desliza la escoba con sumo cuidado. No debe hacer ruido. El sigue durmiendo. En la calle el frio acecha mientras su corazón late contra la escarcha. Ocho de la mañana. Hay que despertar a los niños. El desayuno ya esta servido en la

gélida cocina. Les manda callar, hablar despacito. Los pequeños no entienden que no hay que desvelarle. El debe descansar. Sigue el frío en la calle. Las nueve. Camina por la acera. Su recorrido es corto. Primero deja a los críos en el colegio y de un paso seguro se dirige al trabajo. Al menos allí está tranquila. Pero pasan las horas y pronto la noche tiñe el horizonte de sus tinieblas.

Piensa en el que en casa la espera. El camino de vuelta le parece más largo y penoso. El frío en la calle se hace aún más cruel apoderándose del poco calor que queda en su corazón. Por fin llega al que se supone es su hogar pero que nada tiene de dulce. Abre la puerta con mano temblorosa. Sabe muy bien lo que le espera al otro lado. Los cacharros sin fregar en la pila de la cocina y la casa como después de un huracán. Pero no protesta. Ya no. Hace tiempo que las fuerzas la abandonaron. Sus planes: una ducha y a la cama. Pero el la reclama. La desea. Descansado está...

Saca fuerzas de lo más profundo de su ser. Lo que le queda de orgullo y dignidad. Decide que nunca más será suya. Se revela contra años de injusticia. Años de no ser, de solo parecer. Toda una vida de arrastrarse tras la voluntad de su torturador. No importa si le duele, su alma ya está moribunda. Debe ser fuerte. Tiene que resistir. Sabe que fuera existe la luz. Lo vio en aquellos ojos del color del amanecer. En esta mirada milagrosa que le devolvió la imagen de la mujer radiante que fue. Su vida triste, vivida en la sombra, solo es una vida en paralelo a su destino. Esta vida de soledad y de frío, tal un paisaje de invierno. Mientras su corazón se debate entre la esperanza y el último latido, por fin aparece el sol en su vida. Y acariciándola con la suavidad de sus rayos, da vida a la paloma que emprende su vuelo hacia la libertad... ya descansa...